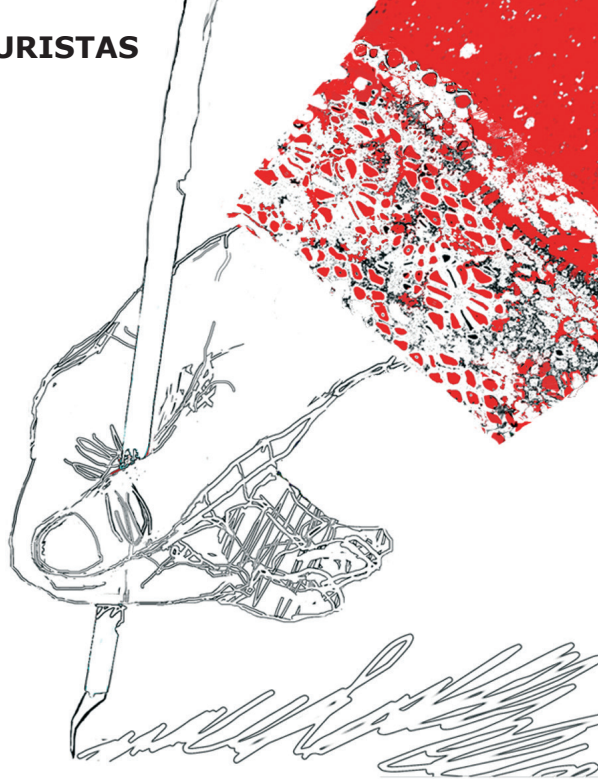


PROSAS Y VERSOS DE JURISTAS



El asunto Gozávez

Valentín Cortés Domínguez

Catedrático de Derecho procesal



COLECCIÓN PROSAS Y VERSOS DE JURISTAS

TÍTULOS PUBLICADOS

- Versos sueltos, *Carlos Cibrán* (2006).
- El ruido de las nueces, *Alfonso Villagómez* (2008).
- Don Magín, profesor y mártir, *Juan Iglesias* (2008).
- Poemas de otoño, *Carlos Cibrán* (2009).
- Vocación del día que comienza, *Ignacio González del Rey Rodríguez* (2009).
- Sistema de contingencias 1, *Francisco Alemán Páez* (2011).
- Derecho civil en versos, *José Luis Codes Anguita / Guadalupe Codes Belda* (2011).
- Versos de peregrina, *Lel Laffitte* (2011).
- La nariz del manicomio (no se puede ser feliz en calcetines), *Francisco de P. Blasco Gascó* (2012).
- Arma de doble filo (novela de togas), *Rafael Mir Jordano* (2012).
- Vaivenes (versos y prosas), *Carlos Cibrán* (2013).
- Fantasia de un verano irreal –relatos breves–, *Valentín Cortés Domínguez* (2013).
- Sin noticias de Ivanhoe (El siglo XX en ocho relatos de Wilbour D. Slutter), *Wilbour D. Slutter* (2014).
- Nikolai de Argos –novela histórica–, *Javier Arribas* (2014).
- Caleidoscopio –versos–, *Carlos Cibrán* (2015).
- De La Tierra Llana –coplas y cantares–, *Ricardo Calderón* (2015).
- Narraciones americanas, *Jesús Ignacio Fernández Domingo* (2016).
- Propiedad intelectual y también, poesía, *Antonio Castán* (2016).
- Poesía completa, *Carlos Cibrán* (2017).
- Cuentos, *Carlos Cibrán* (2018).
- El Asunto Gozávez, *Valentín Cortés Domínguez* (2019).

PROSAS Y VERSOS DE JURISTAS

Colección dirigida por CARLOS ROGEL VIDE

Catedrático de la Universidad Complutense de Madrid

EL ASUNTO GOZÁLVEZ

Valentín Cortés Domínguez

Catedrático de Derecho procesal

REUS
EDITORIAL

Madrid, 2019

© Valentín Cortés Domínguez
© Editorial Reus, S. A.
C/ Rafael Calvo, 18, 2º C – 28010 Madrid
Tfno.: (34) 91 521 36 19 – (34) 91 522 30 54
Fax: (34) 91 445 11 26
reus@editorialreus.es
www.editorialreus.es

Director de la colección: Carlos Rogel
Diseño de portada: María Lapor
1.ª edición REUS, S.A., 2019

ISBN: 978-84-290-2169-1
Depósito Legal: M-31143-2019

Impreso en España
Printed in Spain

Imprime: *Estilo Estugraf Impresores S.L.*

Ni Editorial Reus ni sus directores de colección responden del contenido de los textos impresos, cuya originalidad garantizan sus propios autores. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización expresa de Editorial Reus, salvo excepción prevista por la ley.

Fotocopiar o reproducir ilegalmente la presente obra es un delito castigado con cárcel en el vigente Código penal español.

ÍNDICE

Primero.- La rememoranza de una decisión	9
Segundo.- La expresión conflictiva.....	41
Tercero.- El encargo del extraño “asunto Gozávez”	55
Cuarto.- La útil información de Mariano Olmedo.....	91
Quinto.- Los recuerdos en el tren.....	115
Sexto.- Una reunión inesperada	131
Séptimo.- Una historia miserable.....	161
Octavo.- Otra historia para después de la cena	187
Noveno.- El asunto colateral: el “caso Barrachina”.....	221
Décimo.- Una copa en Balmoral	237
Undécimo.- La solución del “asunto Barrachina”	249
Décimosegundo.- El fin del caso Gozávez	285

Para Eduardo, el único que no estaba y que ya está

Primero.- La rememoranza de una decisión

Cuando el avión aterrizó en Jerez de la Frontera hacía frío y había una humedad insoportable en el ambiente. Eusebio salió del avión el primero y antes de entrar en la terminal vio tras la cristalera a Enrique Gozálvez que le saludaba sonriente moviendo la mano.

A Eusebio le entró de pronto una pereza casi paralizante. Le esperaba una buena noche y una jornada del día siguiente en las que le sería muy difícil quitarse de en medio a Enrique Gozálvez. Siempre le pasaba lo mismo; nunca le había gustado intimar con los clientes y aquella noche y el día siguiente necesariamente debería estar con aquel muchacho al que le sacaba bastantes años, sin saber de qué hablar o hablando tonterías inabarcables para una sensibilidad más bien individualista y solitaria como era la de Eusebio. Pero, ya no tenía remedio: no había podido evitar que viniera al aeropuerto a recogerlo, a pesar de que había procurado ofrecerle argumentos de todo tipo en la conversación telefónica que habían tenido por la mañana.

Vio que Enrique Gozálvez hablaba con el guardia de seguridad y, al momento, entró a saludar personalmente a Eusebio en la sala de recogida de equipajes. *“Seguro – se dijo a sí mismo – que ahora me querrá llevar la maleta. Se ve que no puede esperar a que salga de aquí tranquilamente”*.

-Te llevo al hotel, - empezó a hablar a gran velocidad Enrique Gozálvez - te dejo descansar, te duchas y nos vamos a cenar pescado y marisco, pero no mucho porque mañana tienes la vista del recurso de apelación a las doce y antes me gustaría que vinieras al despacho, pues quiero contarte quienes son los miembros de la Sala, para que orientes bien tu intervención.

Eusebio escuchaba atónito a aquel muchacho, que seguía diciendo atropelladamente:

-En cualquier caso, debes saber que a lo mejor se suspende la vista porque el padre del ponente ha muerto esta mañana y los procuradores están citados a primera hora en la Audiencia. Muy posiblemente les van a proponer suspender la vista de común acuerdo y trasladarla a pasado mañana a última hora; de modo que me temo que te vamos a atender hasta pasado mañana por la noche que hay vuelo para Madrid. Por si acaso ya te hemos reservado habitación en el hotel y te hemos sacado un billete en ese avión.

Eusebio sintió no sólo pereza, sino que, de pronto, sufrió por adelantado el aburrimiento que, sin duda, le produciría estar dos días en Jerez y Cádiz con alguien a quien apenas conocía, del que hacía años que no sabía nada, del que desconocía sus intereses, sus gustos, del que, en definitiva, sólo sabía que tenía un tío muy rico y generoso que había invitado a su cuñada y sobrinos a un crucero por los fiordos noruegos y el Báltico, y, sobre todo, aburrimiento por estar con una persona que era capaz de decir tantas cosas de repente, sin parar, a toda prisa, sin inflexiones de voz y, lo peor, organizando la vida de un tercero, la suya, sin contar con él para nada.

De todo aquello que le había oído con una inmensa paciencia, haciendo esfuerzos para no interrumpir, lo que le sacaba de sus casillas era lo de *“para que orientes bien tu intervención”* contándole cosas de la vida de los magistrados: ¡era precisamente la versión de un tipo de abogacía que rechazaba y aborrecía con todo su ser desde que empezó a ejercer la profesión! Le parecía todo tan pueblerino y tan denigrante para los propios magistrados que supo en ese mismo instante que no se llevaría bien con aquel muchacho. ¡Menudo plan se le había presentado!

Eusebio, que prácticamente no escuchaba, se contentaba en la soledad de sus pensamientos, que le fluían dado su alta capacidad de abstraerse de lo que le molestaba o incomodaba, con el hecho de que aquel muchacho, era justo admitirlo, le había proporcionado un asunto de gran interés económico y jurídico que, sin duda, le permitiría, por qué no, cobrar una buena minuta. De modo que,

haciendo un gran esfuerzo, que posiblemente Enrique Gozávez se lo notó, dijo con gran impostura:

-Perfecto, estoy a tu disposición, pero, ya te dije esta mañana que no te quiero dar la lata en ningún momento; de modo que estás a tiempo de “aparcarme” en el hotel y nos vemos mañana. Por la vista, ni te preocupes, la tengo bien preparada.

Todo fue inútil, Enrique Gozávez insistió en su plan que le parecía, además, “redondo” (esa fue la palabra que utilizó) y Eusebio decidió entregarse con la mejor de sus disposiciones y la paciencia del santo Job.

En su habitación, durante las dos horas escasas que le dio de asueto, lo primero que hizo fue llamar a su mujer, Loles:

-El vuelo bien, pero ya me han anunciado que muy posiblemente me tengo que quedar aquí un día más, porque parece que van a retrasar la vista para que un magistrado de la Sala pueda enterrar a su padre. ¡Es típico, Loles, esta mañana sabían que se había muerto este señor, esta mañana sabían lógicamente que deberían enterrarlo mañana a la hora de la vista, ¿no era, pues, irremediable enterrar al padre?, y digo yo: ¿por qué me lo dicen ahora?, ¿por qué?, ¿es que no tenía este niño mi teléfono, porque si yo lo hubiera sabido en Madrid, no me desplazo porque tengo la seguridad de que no va a haber vista o me hubiera venido mañana en el vuelo de la mañana por sí, de casualidad, estábamos en presencia de un magistrado-hijo desaprensivo que no quiere ir al entierro de su padre. ¿Se podrá soportar tanta memez?

-Oye, Eusebio, - le contestó Loles, con la suma parsimonia que utilizaba con su marido cuando éste se ofuscaba por una contrariedad imprevista - es mejor que te relajes; date mañana un paseo por Cádiz, disfruta, vete por los sitios que estuvimos la última vez que fuimos, cómete un “pescaíto” y unos mariscos en el Faro a mi salud y riéte de los peces de colores. ¡Y vete pensando si al final invitamos a la boda a todos los del crucero!, porque dado como están las cosas, conviene que no nos equivoquemos.

-Lo pensaré -le dijo Eusebio- pero no sé si este muchachito me va a dar mucha tregua, porque ya me ha organizado la cena, me ha aparcado dos horas en el hotel, me tiene para mañana, como

sustitución de la vista, una sesión para contarme cómo son los magistrados, ¡vaya, lo que más me pueda gustar!

-Eusebio -dijo ella en rápida respuesta- ¡cuando aprenderás a seleccionar a los asuntos y a los clientes!; desde el principio no te ha gustado el cliente, y el asunto, no tengo ni idea de que va, pero me has dicho que es muy difícil y complicado; si estás ahora en Jerez es porque has querido.

Y concluyó con solemnidad:

-De modo que no protestes y que lo pases bien, y contentísimo porque te va a salir bien y es, ¿no dices eso?, un gran asunto!

Llevaban casados casi treinta años; no tenían ni problemas familiares ni problemas económicos. Se llevaban perfectamente, porque entre otras cosas habían conseguido que la vida profesional de Eusebio no interfiriera en la de la familia. Ella sólo era la persona que lo apoyaba sin preguntarle nada, sin saber nada de los asuntos y de los clientes (ni siquiera sabía quiénes eran), templando a Eusebio cuando, como ahora, protestaba, oyéndolo cuando, sin contarle nada, le mostraba el malhumor, la preocupación, la alegría, la euforia o la indignación, que todo había habido en tantos años de profesión. En definitiva, la vida de abogado de Eusebio era un mundo aparte al mundo familiar. Habían conseguido que el despacho, sobre todo, gracias a ella, no influyera en la armonía que tenían desde el principio.

En esta ocasión, Loles sabía que estaba en Jerez y que debía ir a Cádiz, sabía que el cliente, en palabras de Eusebio, era un pelmazo, que el asunto era muy difícil, complicado, pero muy bueno económicamente, y nada más. Eusebio se lo decía a Loles, y se quedaba tranquilo. Ella sabía que necesitaba compartir esa pequeña parcela de sus vivencias profesionales, lo mismo que sabía que era necesario escucharlo, como se escucha a un pequeño, al que se quita la preocupación con sólo unas palabras de comprensión.

Era el clásico matrimonio de los que la gente, cuando los conoce, deduce que se llevan magníficamente; se querían hasta lo más que se puede querer un hombre y una mujer y se respetaban mutuamente hasta extremos insospechados; podían estar solos el tiempo que fuera necesario, sin necesidad de amigos, de compañía.